

CÓMO CONSEGUIMOS LOS DIARIOS DEL REY

Ángel Montiel

El buen periodismo es intuición. Leí en la prensa que el emérito había interrumpido su exilio en Abu Dabi para celebrar unas regatas en Sanxenxo y me vino la idea. Uno nunca sabe de dónde vienen las ideas. Esta era muy loca, y la deseché al instante, pero de inmediato me dije: ¿por qué no? No hay nada imposible si no se intenta, el no ya lo tengo, y otros dichos por el estilo. Sin pensarlo, llamé a una vieja amiga de Totana, y tras todo el paripé de cómo te va, cuánto tiempo, qué alegría que te acuerdes de mí y en ese plan, fui al grano.

—Necesito su teléfono.

Se produjo un silencio.

—¿El teléfono de quién? —dijo al fin con tono precautorio.

—No te hagas la tonta. Ya sabes de quién.

—No puedo darte ese teléfono. Además, hace una década que no hablamos. Supongo que habrá cambiado de número.

—Recuerda que me debes una.

Una noche, hace ya tanto tiempo que parece que hubiera sucedido en otra vida, se me derrumbó en la cafetería California de la Gran Vía madrileña. Estaba triste, y empezó a hablar con total incontinencia mientras se le humedecían los ojos. De pronto, se detuvo, y me dijo mirándome fijamente:

—No sé por qué te cuento a ti estas cosas de las que no hablo con nadie.

—Necesitas desahogarte. Hazlo sin miedo, ya que has empezado. Déjate llevar.

Se quedó pensativa, y al poco dijo:

—¡Coño, y encima eres periodista! Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie ni nunca lo publicarás. ¿Podrás hacerlo?

—En este momento no estoy contigo como periodista, sino como amigo. Te prometo

que seré una tumba.

Y sin transición continuó con su relato. Todo un secreto de Estado. No conseguí disimular mi pasmo de sorpresa en sorpresa, pero al final quedé conmovido por el sufrimiento de aquella mujer de aparente fortaleza exterior y de tan inquietante belleza. Años después comenzaron a aparecer por aquí y por allá rumores y sobreentendidos, el caso se mencionaba en algún libro, aparecieron ciertas informaciones imprecisas y al final acabó en las portadas. Mientras tanto, yo cumplí mi promesa, a pesar de mi frustración como periodista que podía haberlo contado todo antes que nadie y con lujo de detalles. Me consolaba pensando que no me habrían publicado nada de haberlo intentado.

Por esto, cuando le dije «me debes una» no dudó más y me dictó el teléfono.

Llamé de inmediato. No se puso hasta el tercer intento:

—Hola. ¿Quién eres?

—Buenos días, Majestad. Soy Ángel Montiel, periodista de La Opinión de Murcia.

Tengo que hablar con usted de un asunto muy importante.

Hubo un silencio.

—No hablo con periodistas, y menos si son desconocidos. ¿Cómo has conseguido mi teléfono?

—Me lo ha facilitado una amiga mutua. De Murcia, ya sabe.

Otro silencio.

—Bien, dime qué quieres. Solo tengo un minuto.

—Preferiría hablarlo con usted personalmente. Es sobre algo que estoy seguro que le va a interesar.

—Estoy en Xanxenxo pasando unos días, y supongo que tienes claro que no voy a ir a Murcia para hablar contigo.

—Ni lo pretendo. Seré yo quien vaya mañana a verle.

—Haz lo que quieras. No te aseguro que pueda recibirte.

Y colgó sin despedirse.

A la mañana siguiente me planté ante la casa de Pedro Campos, en Xanxenxo. La puerta estaba custodiada por dos agentes de seguridad.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere? —me preguntó el más fornido.

—Vengo a ver al rey. He quedado con él.

—Retírese, por favor. No tenemos constancia de ninguna cita. Además, el rey está en la regata.

—Le ruego que lo confirme. Me citó ayer, y aquí estoy.

El otro segurata se retiró unos metros y habló con alguien durante un par de minutos por un micrófono inalámbrico. Después, volvió junto a su compañero y cuchicheó unas palabras con él. Éste, que parecía llevar la voz cantante, me dijo:

—Espere usted en aquella cafetería —y señaló un pequeño barecito que había en una esquina de la calle—. Regresarán en unas horas, y ya veremos.

Tomé unas cervezas y leí el Diario de Pontevedra, en cuya portada aparecía el rey en la regata del día anterior. Pasadas unas horas apareció la comitiva: el emérito, sus amigos marineros, media docena de otros agentes de seguridad y a cierta distancia una veintena de fotógrafos que no paraban de disparar. El rey y su corte venían alegres y dicharacheros. Cuando entraron en la casa me acerqué de nuevo a los seguratas que custodiaban la puerta, y mi interlocutor de antes me advirtió:

—Tengo la obligación de cachearle.

¡Bingo! Eso significaba que iba a ser recibido.

Levanté los brazos al cielo en un gesto que no era de rendición sino de triunfo, y el segurata me trasteó con mucha rapidez y profesionalidad. Al otro lado de la puerta me recibió una asistenta vestida de blanco, enguantada y con cofia, que me condujo a una habitación lateral. Parecía el cuarto de los trastos: muebles amontonados, cajas de cartón abiertas y sin abrir, aperos de pesca, una enciclopedia de navegación tirada en el suelo...

Esperé allí unos cinco minutos largos a la luz de una bombilla pelada colgada del techo, hasta que se abrió la puerta y apareció Juan Carlos, apoyado su largo cuerpo en un bastón y seguido de un agente de seguridad.

—Tú eres el tal Montiel ¿no? El murciano. Di lo que tengas que decirme, que me están esperando.

Lo saludé con una leve inclinación de cabeza, y le respondí:

—Disculpe, Majestad, pero lo que quiero comentar con usted es reservado.

El rey volvió la cabeza hacia el de seguridad y elevando ligeramente la barbilla le pidió

que se marchara. El agente dudó un momento, pero cumplió la orden no sin dirigirme una mala mirada antes de salir.

—Bien, adelante.

—Majestad, soy un humilde periodista de provincias que me he atrevido a sugerirle una idea que creo que será de su interés. Como puede sospechar por la edad que aparento pertenezco a la generación boomer, lo que significa que en mi juventud viví intensamente la Transición. Por tanto, soy un gran admirador suyo, pues soy consciente del delicado trabajo que hizo. No le oculto que soy republicano, pero me hice juancarlista como miles de españoles. Y en estos últimos años me duele la injusticia y la ingratitud que se está cometiendo con usted...

—No te enrolles, Charles Boyer. Todo ese discurso hipócrita ya me lo sé. Mira para qué me han servido tantos juancarlistas como decís que hay. A ver qué idea es esa de la que hablas.

—Muy bien, Majestad. Quiero proponerle que escriba usted un diario durante el próximo verano para publicarlo en La Opinión de Murcia.

Se quedó rígido, y observé que luchaba interiormente entre desatar la estupefacción o la hilaridad.

—¿Que yo escriba un diario sobre mi vida para que lo lean en Murcia? ¿Esa idea se te ha ocurrido a ti solo?

—Murcia es seguramente la región donde más le aprecian —repuse—, la mayoría se declara antes española que murciana, y usted tiene con esa región vínculos extraordinarios. Su abuelo salió de España por el puerto de Cartagena en circunstancias olvidables, pero que son Historia. Usted hizo parte de su carrera militan en la Academia de San Javier, visitó innumerables veces el Arsenal, y no necesito recordarle, porque ya lo sabe todo el mundo, que algunos de los momentos íntimos más felices de su vida los ha disfrutado con una murciana de dinamita.

Juan Carlos pareció enternecerse. Me miró de arriba a abajo, y con un gesto propio de quienes están acostumbrados a dar órdenes, me señaló una mesa redonda que había en un extremo de la habitación:

—Siéntate ahí.

Él lo hizo frente a mí, y dispuso su bastón sobre la mesa, entre ambos. En ese

momento, se entreabrió la puerta y apareció la cabeza de Pedro Campos.

—Juan, ¿va todo bien?

—De puta madre.

—Termina pronto, que estos cabrones se están comiendo todos los percebes y no te van a dejar nada.

—Mándanos un par de copas de Albariño.

Permaneció en silencio hasta después de ser servidos por un camarero puesto de librea que nos trajo dos copas de vino blanco sobre una bandeja de plata. Sorbió lentamente un primer trago y se quedó mirando la pared como si fuera el horizonte.

—Qué puta es la vida, y como la gran puta que es, qué buenos placeres nos presta — reflexionó.

Liberado de su momentáneo hechizo, me miró a los ojos y dijo:

—Te lo voy a explicar, chaval. Yo no puedo escribir un diario, y menos para la prensa, por tres razones. Primera, porque estoy hasta el coño de la prensa. Segunda, porque no sé escribir: desde que era adolescente me lo han escrito todo, y no tengo mano. Y tercera, porque lo que yo escribiera podría molestar a mi hijo. No sé si sabes que me controlan todo, me tienen vigilado durante las veinticuatro horas, y son de la opinión de que cuanto menos se hable de mí, mejor. Aparte de que hay cosas en mi biografía de las que prefiero no acordarme. Nadie es perfecto, y menos que nadie, un Borbón.

Y soltó una carcajada.

—Lo tengo todo previsto, Majestad. Supongo que conoce el término apócrifo.

—¿Apócrifo?

—Según la RAE, «dicho de una obra, especialmente literaria: De dudosa autenticidad en cuanto al contenido o a la atribución».

—¿Y?

—Conozco a un escritor muy bueno, gallego para mayor confianza, pero afincado muchos años en Murcia. Él podría firmar su diario como si fuera una invención propia. El lector creería que se trata de un texto apócrifo, es decir, falso, pero en realidad estaría inspirado por usted. Ni su hijo ni el Gobierno ni el CNI podrían amonestarle, puesto que el escritor se haría cargo, aunque en realidad traduciría su pensamiento real. Para esto bastaría que cada día le remitiera usted un borrador, unos apuntes,

unas indicaciones básicas; él se encargaría de redactarlo adecuadamente y se lo atribuiría en calidad de escritor. Además, al ser publicado en Murcia nadie creerá que se trata de un documento auténtico, pues de serlo saldría hasta en el New York Times. Juan Carlos separó su espalda del respaldo de la silla y avanzó su cabeza hasta casi la mitad de la mesa.

—¿A ti te pagan bien en tu periódico? —me preguntó.

—Ya sabe, nada es suficiente, pero con la crisis de la prensa, el paro que hay y todo eso, no me quejo.

—Tienes arrojo, murciano. Te paguen lo que te paguen, te pagan poco. Has venido hasta aquí para plantearme esta idea absurda, pero que a la vez me resulta muy tentadora. Antes de pensarlo un poco, ya te digo que lo vamos a hacer.

Le tendí la mano espontáneamente antes de darme cuenta de que no era un gesto que se atuviera al protocolo, pero él me la chocó, aunque de inmediato dijo:

—Falta un detalle. Mis memorias valen muchos millones. ¿Tú cuánto me vas a pagar?

Reaccioné con rapidez:

—Majestad, no podemos pagarle ni un euro, pues entonces Hacienda descubriría que su diario es auténtico.

—Hummm... Bueno, vale, para que luego digan que soy un pesetero.

Se levantó de la silla, dando por cerrado el trato, y en dirección a la puerta de la habitación me cogió del brazo. Supuse que se apoyaba en mí para ayudarse en sus problemas de cadera, pero en realidad lo hizo para acercarse a mi oreja, como si quisiera contarme algún secreto. Y, en efecto, me habló en voz baja, aunque estábamos solos:

—¿Cómo está Totana?

Lo pillé al vuelo.

—El tiempo pasa para todos, pero la edad la lleva divinamente. Apenas se le nota el bótox.

Miró hacia el techo y dijo con voz tenue, casi quejumbrosa:

—Si la ves, le dices que todavía en mis solitarias noches de Abu Dabi...

Se quedó pensativo, y recuperando el tono, me dijo con firmeza:

—Mejor no le digas nada.

Ya en el recibidor me soltó el brazo y me preguntó:

—¿Sabes por qué te han cacheado al entrar?

—Supongo que es el protocolo.

—Sabíamos que no llevarías ningún arma, pero siendo amigo de quién eres podrías llevar una grabadora.

Ya ante la puerta de entrada sonrió con picardía y vi brillar sus ojos. Por fin aparecía el campechano. Volvió a preguntarme:

—¿Sabes el chiste de la señora condesa?

—Creo que no, Majestad.

Y empezó a contarlo. Era verde y bastante largo, y acompañó el relato con gestos muy expresivos. Cuando dijo la frase concluyente, ambos nos partimos de risa.

—¿Qué te parece la condesita? -dijo.

—Joder, cómo está la aristocracia.

—No lo sabes tú bien.

Y volvió a soltar una carcajada.

De pronto, recobró la seriedad, y dijo:

—Te llamará Fátima.

Y se dio la vuelta sin esperar a mi leve reverencia de despedida.

Unos quince días después me llamó Fátima, que se presentó como jefa de Comunicación del rey emérito. Hablaba un correctísimo castellano con un casi imperceptible deje árabe, y concertamos los detalles sobre lo acordado.

Lo más fácil había concluido con éxito. Ahora quedaba lo más difícil: convencer a Bernar Freiría para que hiciera de negro de Juancar. Lo llamé y le conté el proyecto a bocajarro. A través del hilo telefónico percibí sus risitas sordas.

—Ya sé lo que pretendes, Montiel: tenerme liado todo el verano. Porque esos apuntes que dices que me enviará el rey en realidad me los vas a pasar tú. ¿No es cierto?

A mí no me creyó, pero Fátima le ofreció las pruebas concluyentes. Yo me desentendí del asunto, y ya se fueron arreglando el rey y Bernar a través de la secretaria de Comunicación.

Ahora que los diarios del rey se publican en formato de libro, sé de antemano lo que van a decir los críticos. Dirán que Bernar ha hecho un exhaustivo trabajo de

documentación combinado con su increíble memoria; que ha sido capaz de encontrar el tono del rey, camuflando su propio estilo; que ha entrado en la lógica del personaje; que ha encontrado la fórmula para combinar el rigor con la ironía; que ha hecho su propio relato de la Transición y de la democracia a través de uno de sus principales protagonistas; que ha encontrado la manera de fundir el respeto con la crítica; que ha hecho un fabuloso ejercicio de síntesis, didáctico a la que vez que interpretativo, y que al leer estos diarios uno se olvida de que están firmados por un escritor y está escuchando al mismísimo rey.

Los críticos dirán muchas cosas elogiosas sobre Bernar Freiría, pero somos muy pocas personas quienes conocemos la verdad.